V. VARIA.

RODRÍGUEZ ADRADOS, FRANCISCO, *De nuestras lenguas y nuestras letras*. Madrid, Visor Libros, 2003.

— *Defendiendo la enseñanza de los clásicos griegos y latinos: casi unas memorias (1944-2002)*. Madrid, Ediciones Clásicas-Fundación Lexis, 2003.

No hay nada más terrible para un artículo de opinión que no despertar ninguna en quien lo lee, bien sea por la inanidad de la argumentación, bien por la futilidad del tema elegido. Lamentablemente, hoy en día son harto habituales las colaboraciones en la prensa diaria que adolecen de tan fatal defecto. Hay autores que, en cambio, consiguen escapar regularmente a esa paradoja. Es el caso de D. Francisco Rodríguez Adrados. Resulta llamativo en qué medida sus artículos suelen suscitar en la mayoría de sus lectores una reacción, como mínimo de reflexión cuando no de abierto posicionamiento, ante lo que en ellos plantea o ante cómo lo plantea. Hace poco, alguien me comentaba, sin poder ocultar cierto fastidio por cierto, que «Adrados crea opinión». Efectivamente, a juzgar por las respuestas que a veces he observado en algunos de sus lectores, más que crear opinión podría decirse que la provoca. Sin ir más lejos, baste recordar el animado foro de discusión a que dio lugar, en internet (<http://www.csic.es/cbic/BGH/versus.htm>), su tercera de *ABC* (26-II-2002) sobre «Bibliotecas y ciencia española» (recogido con el n.º 40 en el primer libro aquí reseñado). Incluso en ocasiones he visto fotocopiar sus artículos para colgarlos de tablones o distribuirlos entre lectores (y no lectores) habituales de otros periódicos.

Ahora bien, más llamativos aún que las reacciones que despiertan sus artículos resultan los temas elegidos y los recursos, o mejor, el recurso, que emplea para afrontarlos. Porque, la verdad, que en un momento como el actual despierte ese interés alguien que habla de lenguas y letras es sorprendente. Y más aún cuando el autor no es foráneo, y no trata de dar a sus palabras más trascendencia de la que tienen, ni menos tampoco. Adrados emplea con destreza un arma de rotundos efectos: la sinceridad. Se podrá estar o no de acuerdo con sus argumentos, pero lo que no cabe negarle es la sinceridad de cuanto expone. Hasta el punto de que, incluso la selección de los temas objeto de su pluma responde no a razones de oportunismo o efectismo, sino simplemente de manifestación abierta y de respuesta a sus propias inquietudes personales. Y entre ellas hay acontecimientos presentes, inmediatos, de diverso tipo, pero destacan sobremedida las inquietudes básicamente vocacionales, que en él se identifican plenamente con las profesionales, y que a veces también gozan del marchamo de actualidad.

En su condición de filólogo y lingüista, entre los múltiples temas que Adrados ha tratado en sus artículos a lo largo de los años destacan, por encima de cualquier otro denominador común, los que afectan a la relación entre hombre y lengua, en sus múltiples ámbitos y manifestaciones, pero con especial atención a lo que nos es más inmediato, y no por ello menos representativo de los efectos de una dialéctica universal entre lengua, cultura y entorno. De modo que en *De nuestras lenguas y nuestras letras*, el primer libro que aquí reseño, se reúnen

setenta y ocho artículos relativos a muy diversas facetas del papel de la lengua y literatura en la sociedad en general, con detalles más precisos sobre nuestro entorno español. Son artículos publicados, los más, en los principales diarios nacionales (*ABC* sobre todo, *El Independiente*, *El País*, *La Razón*, *La Vanguardia*), aunque también se incluyen colaboraciones en publicaciones periódicas de distinto carácter (*Revista de Libros*, *Boletín de la API del CSIC*, *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, *EMERITA*, *Estudios Clásicos*, *Ínsula*, *Revista Española de Lingüística*, etc.), amén de sendos prólogos a las nuevas ediciones de los ilustres diccionarios de Raimundo de Miguel y Eseverri Hualde (cuya edición, por cierto, resultó finalmente fallida), así como dos trabajos inéditos (los numerados como 23 y 29) y su emotiva contribución a la *Miscelánea Léxica en honor de Conchita Serrano* (n.º 65). La inmensa mayoría de estos trabajos han sido publicados en los últimos quince años, aunque también hay algún trabajo anterior (mención especial merece la inclusión de la interesante y contundente crítica que en 1945 publicó en *El Español* sobre una versión de Pemán de la *Antígona* de Sófocles, así como sus reflexiones sobre «Teatro griego y adaptaciones modernas», aparecidas en 1983 en *Ínsula*).

Los artículos se agrupan en cinco grandes divisiones: I. «Hombre, lengua y literatura»; II. «Las lenguas de Europa»; III. «La lengua española»; IV. «La cuestión del catalán»; V. «El teatro greco-latino y su influjo y puesta en escena»; VI. «Recuerdo de escritores y filólogos muertos». Todos ellos responden a la polifacética personalidad de Adrados, ya que fijan su atención sobre cuestiones que surgen al aplicar el prisma plural de los estudios filológicos y lingüísticos a la realidad que nos rodea. Los que le conocen saben que rasgo distintivo del autor ha sido, precisamente, su inagotable curiosidad e interés por observar la relación entre hombre, lengua y entorno desde múltiples ángulos o enfoques. A lo largo del libro esto queda patente, de modo explícito, en sus fundadas críticas al especialismo --«especialismo rampante, que impide ver las conexiones, comprender simplemente» (p. 61)--, tan de moda y tan en alza actualmente en los estudios y ciencias humanísticas. «Siempre he pensado que desde un rincón poco se ve», nos dice al contraponer a esta tendencia general la condición de humanista, abierto a múltiples puntos y manifestaciones de interés, de uno de sus más distinguidos y recordados discípulos, Alberto Díaz Tejera (p. 275).

El libro se inicia con un primer capítulo (artículos 1 a 15), en el que, tal y como se compendia en el prólogo introductorio de la obra, Adrados aborda el papel de la lengua y la literatura en las esencias de lo humano. Desde el primer artículo, («¿Qué es ser hombre?») manifiesta su visión dinámica y positiva: «ser hombre no equivale a la existencia de unos universales: consiste en la capacidad de crearlos e innovarlos», «la apertura y el aprendizaje casi sin límites es lo propio del hombre» (p. 14). Y por todas partes emerge su descreimiento y rebeldía ante la imposición de límites ficticios a lo humano, y a la expresión de sus realizaciones. A sus reflexiones sobre la esencia de lo humano, se unen, a lo largo de estos quince artículos iniciales, las que lleva a cabo sobre la definición de literatura o de semántica, o sobre el amor y el erotismo. Pero el descreimiento a que aludo le conduce, a lo largo de estos textos, a una amarga crítica de las limitaciones autoimpuestas por el supuesto desarrollo de nuestra sociedad actual, sobre todo por los logros que parecen deslumbrar hoy en día a la mayoría de los mortales. Así, el gigantismo de los nuevos medios y tecnologías de la información, y la gran paradoja a que han dado lugar: «el exceso de información mata la información» (p. 22). Su voz se une, así, a las que, a ambos lados del Atlántico, están llamando la atención sobre este sinsentido desde hace tres lustros. Cuanta más información nos es accesible, más desinforma-

dos parecemos estar, dada la gran dificultad que supone asimilar esa avalancha de datos y el enorme esfuerzo crítico que exige su jerarquización. Este tema es recurrente a lo largo del libro. También es grande la preocupación que le causa la sustitución de la cultura del libro por la cultura de la imagen, con el consiguiente empobrecimiento de los conocimientos humanos y el trágico abocamiento a la zafiedad y el simplismo a que está dando lugar.

Adrados, con el apoyo que le proporciona la experiencia acumulada en toda una vida dedicada a la investigación y la docencia, no restringe sus críticas, como es habitual cuando se plantean estos problemas, a una masa social informe y anónima. No renuncia a incluir claras alusiones a ciertos sectores de nuestra sociedad, generalmente excluidos de tales críticas, en cuyos comportamientos cabe encontrar, si no las causas directas de algunos de estos fenómenos, sí lamentables connivencias que los refuerzan y amplifican. Por ejemplo, los sectores que, por lo que respecta al exceso de información de baja calidad y sin jerarquización, han propiciado el *publish or perish* reinante en la actualidad, con una obsesión por el número y la cantidad en detrimento de la calidad (por ejemplo con el famoso «impacto» evaluador: es fundamental que te citen, aunque se trate de citantes mutuos de un mismo círculo cerrado; pero «cuando a uno le silencian, o le copian o le ponen a parir, ¿cómo va a contabilizarse?»). Y hay un postergamiento de los grandes proyectos, de los grandes artículos, de las grandes monografías, frente a las colaboraciones cortas, de rápida publicación, o a las apresuradas participaciones en innumerables congresos, simposios y mesas redondas sobre los temas más rebuscados. Es lo que podríamos denominar el síndrome curricular. En relación con él, Adrados prueba también con tristeza ese papanatismo por lo extranjero que inunda nuestras universidades y centros de investigación. Así, se envía a los doctorandos a los grandes centros internacionales (lo que está muy bien), sin que en muchos casos importe demasiado lo que hagan o, peor, lo que dejen de hacer allí. Las consecuencias de toda esta absurda vorágine son demolidoras. En el campo de las Humanidades, falta tiempo, «se lee poco y se escribe mal», y cada vez se hace más currículo y menos ciencia básica. Adrados levanta su voz contra todas estas modas e imposiciones. Ciertamente nada contra corriente.

Y a pesar de todo, nos avisa, la lengua sigue teniendo una gran trascendencia en este mundo inundado por la imagen. «Las palabras son peligrosas: arrastran conceptos, crean maneras de pensar», «la danza de las palabras no debe confundir nuestros conceptos ni degradarlos», «no nos entendemos sin las palabras; nos entendemos mal con las palabras» (pp. 19-20, 31). Como fruto de su mirada pluridimensional, podemos tropezar con la visión del lingüista general o el filólogo, con la del comparatista, el indoeuropeísta (así en el segundo capítulo, que contiene los arts. 16-20), el académico (especialmente en el tercer y cuarto capítulos, arts. 21-40 y 41-45), y en todas partes con la prospección, apoyada y justificada por una auténtica perspectiva histórica, que le confiere su adscripción a la Filología Clásica. Evidentemente, todo su bagaje intelectual y científico, unidos a su franqueza, pueden dar lugar a consideraciones que sean tachadas, a veces lo han sido, de poco prudentes en distintos ámbitos. Adrados no sólo es consciente de ello, sino que huye constantemente de las medias tintas, de los complejos absurdos, de las prudencias imprudentes. Así en sus comentarios sobre el español, sobre sus relaciones con el resto de lenguas nacionales, sobre el absurdo o interesado comportamiento de los políticos al respecto, sobre el erróneo uso de palabras como cultura y educación, sobre el redivivo Protágoras en los manuales de estilo no sexistas, sobre la tremenda carencia de un *Gran Diccionario de la Lengua Española*, al estilo del *Oxford English Dictionary* o el *Trésor de la langue française*, sobre el traslado de la sede del CSIC de Medinaceli o

sobre la desaparición de las bibliotecas de departamento, fagocitadas por las macrobibliotecas. Y no se contenta con quejarse, plantea soluciones: como su solicitud de una ley de uso del español, o la defensa de un bilingüismo real, estricto y posible (no obstante, aunque franqueza y sentido común se unen aquí, no parece que puedan ser suficientes para entablar un diálogo con esa compleja e inextricable amalgama de hechos, ficciones, pensamientos y sentimientos constituida por los nacionalismos). Y con todo, hasta parece que en alguna ocasión se le ha hecho caso. Por ejemplo, con la creación de los bancos de datos *CREA* y *CORDE* de la Academia, que responde a las preocupaciones expresadas en un artículo --«La exploración y normalización de nuestra lengua» (n.º 26, = *ABC* 19-II-1992)--, que resultó realmente programático.

Para finalizar mi comentario sobre este libro quisiera llamar la atención sobre los dos capítulos que lo cierran. De un lado, el capítulo V reúne diversos artículos con reflexiones sobre el teatro griego, fundamentalmente desde la perspectiva de su relación con el teatro moderno. Su atención se fija para ello en la pervivencia de temas en autores contemporáneos, como Lorca, o en el polémico asunto de las adaptaciones modernas de las obras clásicas, sobre el que versan los artículos ya citados de los años 1945 y 1962. En ellos se evidencia la coherencia de sus planteamientos a lo largo del tiempo. De otra parte, el capítulo VI reúne una serie de notas necrológicas que ha ido publicando en distintos lugares sobre grandes escritores y filólogos muertos, y constituye un emotivo y notable epílogo de la obra.

La misma franqueza que creo que cabe reconocer en *De nuestras lenguas y nuestras letras*, es uno de los rasgos distintivos de *Defendiendo la enseñanza de los clásicos griegos y latinos. Casi unas memorias (1944-2002)*. Agradados ha expuesto repetidamente en diversos lugares sus preocupaciones y experiencias sobre el difícil diálogo entre Humanidades y enseñanza. En 2002 publicó en Taurus *Humanidades y Enseñanza. Una larga lucha*, en donde se recopilaban artículos aparecidos en periódicos nacionales, de modo equivalente a la primera obra que he reseñado, pero cuyo contenido se restringía al tema que servía de título al volumen. Se trataba de artículos publicados entre 1970 y 2002. Ahora recopila, en un libro de setecientas páginas, una parte importante de la historia reciente de la educación y la cultura en este país. Se trata del periplo, a lo largo de sesenta años, de los estudios clásicos en España. Fundamentalmente, de la continua lucha que ha supuesto su existencia frente a los resortes del poder, manejados por intereses de muy diverso signo y procedencia, que, pese a ello, y pese a los grandes cambios históricos, sociales, políticos o económicos que nuestro país ha experimentado a lo largo de ese período, han observado una sorprendente identidad en fines y métodos.

No es habitual este tipo de recorridos históricos, pero menos aún que se cuenten en primera persona, por un testigo de excepción, con el aporte de documentación directa de cada uno de los momentos principales a que se alude. Esa documentación se adjunta en un apéndice que va desde la página 449 hasta la 692. Además, le precede un curioso apéndice gráfico, y contiene también el libro unas útiles listas de artículos de periódico publicados por el autor sobre el tema de las Humanidades y de sus publicaciones sobre enseñanza, así como un completo índice de nombres propios al final. Precisamente este final suele ser el principio para una mayoría de sus lectores; porque éste es el típico libro que muchos empiezan a leer por ese final. Y es que son numerosos los personajes que discurren por sus páginas. Personajes protagonistas, personajes secundarios, figurantes...

Encabeza el libro una primera parte («Perspectiva general»), que, a modo de introducción contiene un compendio general de la obra. Con un estilo repetitivo que delata la importancia trascendental que tiene para él cuanto dice, Adrados anticipa los hitos básicos de esta pequeña historia, así como el armazón de su propio análisis. Un análisis conscientemente subjetivo, como señala de modo explícito. Por este motivo, explica, ha escogido el momento actual para su publicación, una vez que ha abandonado el cargo de presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos (lo ha sido seis veces, amén de haber sido el primer secretario de la sociedad y de ser, en la actualidad, presidente de honor), lo que le permite evitar confusiones acerca de la representatividad, puramente personal, de sus palabras.

Los hitos básicos a que hago referencia, son las tres reformas que ha sufrido nuestro sistema educativo a lo largo de todo este tiempo: la primera, la de Ruiz Jiménez; la segunda, la de Villar, que abarca los años 1968-1982; la tercera, la socialista de Maravall, bajo la que se incluye el período que va de 1983 a 1995. A ellos se une, finalmente, la reciente reforma (o “contrarreforma”, como acertadamente la denomina Adrados) del Partido Popular. Con arreglo a esas cuatro etapas se configura el libro desde su segunda parte hasta la quinta, para cerrarse con una sexta parte de conclusiones y un colofón.

El libro está escrito en primera persona, y Adrados juzga oportuno simultanear, con su relato de los acontecimientos, el de su propia experiencia vital. De ahí el subtítulo: *Casi unas memorias*. Y también se detiene en la historia de la universidad española, aunque a la luz de lo que sucedió en la Complutense, así como del antiguo Instituto Nebrija, hoy Departamento de Filología Griega y Latina, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Traza por lo tanto varias líneas narrativas paralelas que permiten hacerse una idea más clara de cómo sucedieron los hechos.

A pesar de que, al leer el libro, resulta evidente que no es intención de su autor que la parte autobiográfica sobresalga sobre el resto, resulta inevitable que ésta tenga un gran atractivo para un buen número de lectores. Son muchos, incluso más allá del ámbito de la Filología Clásica, los que han escuchado contar múltiples versiones de lo acontecido a lo largo de los años en la Facultad, en los departamenteos, en la SEEC, en el Nebrija, en los diversos ámbitos en los que han desarrollado su actividad las grandes figuras de la Filología Clásica en nuestro país. Ámbitos en los que ha habido fuertes choques, probablemente ni más ni menos que como en otros departamentos universitarios, pero que, al tener como protagonistas a quienes han conseguido dar una pujanza y un vigor a estos estudios difícilmente equiparable, parecen haber recibido un eco acrecentado de cuanto acontecía en ellos. A muchos de esos episodios se nos hace referencia aquí, por boca de quien ha sido no ya testigo, sino protagonista directo. Ciertamente, como en el resto del libro, nos encontramos con un visión personal. Sin embargo, lo subrayo una vez más, intenta ser en todo momento veraz, lo que permite hacerse una idea bastante aproximada de lo sucedido. Con sus diversas anécdotas (buena parte de ellas de carácter tragicómico, acentuado por la ironía de que hace gala el autor), con sus hechos obvios, su exposición no deja de causar un sentimiento agrídulce al lector, que comprueba, una vez más, en qué medida confluyen virtudes y defectos, grandezas y miserias, en quienes son o han sido nuestros modelos. Pero, dejando aparte este tipo de consideraciones, lo cierto es que el relato de esos episodios contribuye a una mejor comprensión de la complejidad de cada una de las situaciones en las que se desarrolla la narración principal, ayuda a calibrar las distintas fuerzas, internas y externas, que han jugado su papel en la historia de los Estudios

Clásicos en España. Porque su crítica se extiende también a la forma mezquina en que a veces estos estudios han recibido ataques externos, motivados por el posible beneficio – al menos así se ha concebido – que podía deparar su ruina. Y a pesar de ello se ha dado una gran paradoja en los estudios de griego y latín. Aunque han sido objeto de restricciones cada vez mayores en cada nueva reforma educativa, con el consiguiente e inevitable descenso de alumnos, han gozado de un desarrollo incomparable durante ese mismo tiempo, hasta el punto de contar con el gran número de filólogos y departamentos universitarios que hay en la actualidad, y con el enorme nivel y prestigio de que gozan.

Como he dicho, el hilo conductor del libro son las grandes reformas educativas. Adrados trata de darnos una visión completa de la situación y de cómo sucedieron los hechos. Analiza para ello la enmarañada concurrencia de circunstancias y tendencias que motivan y condicionan esas reformas. Y la lucha continua y el esfuerzo que ha supuesto hacerles frente. Habla, así, de la convergencia de distintas ideologías, que abogan demagógicamente por la extensión de una enseñanza cuyos niveles no les importa rebajar completamente, o que postulan saberes puramente prácticos en detrimento de los humanísticos, o que dan lugar a una alarmante infantilización de la enseñanza, desprovista de contenidos. Habla también de la penosa extensión y fracaso de múltiples experimentos, potenciados por pedagogos y psicólogos, en cuyas manos abandonaban los políticos lamentablemente las líneas generales de los programas educativos, mientras solían hacer oídos sordos a los profesionales de cada disciplina. Habla de la catástrofe cultural que supone el triunfo del especialismo, por el que las lenguas clásicas, de ser un instrumento de cultura humanística general, pasaron a ser consideradas como cosa de especialistas. Y habla de condicionantes coyunturales, como el cambio político y la revolución cultural de finales de los sesenta y de los setenta, las posteriores políticas autonómicas, etc. Un escenario realmente muy complejo, donde cada parte, cada elemento influyente podía o puede disponer de varias caras. Por eso, precisamente, no puedo evitar el convencimiento de que también aquí las actuaciones de los políticos, o de quienes obran como tales, se rigen tanto o más que por cuestiones ideológicas de fondo, por hechos meramente coyunturales. De modo que es cierto que, por más paños calientes que quieran ponerse, en su anterior etapa de gobierno la gestión socialista en lo tocante a la reforma educativa y a los estudios de griego y latín fue absolutamente decepcionante y aciaga, tal y como subraya Adrados. También lo es que la gestión de los populares parecía haber enderezado en cierta medida las cosas, aunque era mucho el daño heredado en nuestro sistema de enseñanza. Pero no conviene olvidar tampoco que en el pasado algunos sectores, desde luego bastante alejados de los planteamientos socialistas, como la FERE por ejemplo, obraron de un modo absolutamente funesto para los intereses de los estudios de griego y latín – ésta constituye una de las grandes revelaciones del libro (p. 126) –, o que en determinadas universidades privadas, en cuya gestión tampoco parece que dominen los planteamientos de izquierdas, se observan algunos de los grandes males que Adrados critica, y con razón, en sectores de la universidad pública, como es el caso de la vergonzante disminución de los niveles de exigencia, que tiene su resultado más claro en la “táctica del aprobado general”. En estos dos ejemplos que cito, son sin duda razones económicas las que se imponen, dentro de un marco sociocultural de competitividad que puede llegar a ser tan negativo como la ideología igualitaria, de signo contrario, que dio lugar a los errores socialistas. Además, no deja de resultar curioso el fluctuante pasado ideológico de alguno de los personajes involucrados en reformas y contrarreformas.

Por otra parte, en la minuciosa exposición que de los hechos hace Adrados, llega a descender hasta el nivel de los pequeños detalles y de la enorme trascendencia que pueden llegar a tener. Por ejemplo, la supresión (quizá incluso involuntaria) de un *etc.* en el BOE (p. 91), o el valor del factor tiempo, a la hora de impartir clase en una época de agitación política y social – «yo tenía una ventaja: daba clase a las nueve y la revolución solía empezar a las once» (p. 105) –, o de defender una postura en una reunión importante – «sólo hacia las tres de la tarde, cuando los asistentes empezaban a mirar el reloj y a levantarse, logré resultados: es cuando se logran en esa clase de reuniones, a base de resistir más que los demás» (p. 122). Quizá haya que incluir aquí también la detallada relación que Adrados recoge de increíbles manifestaciones y comportamientos de políticos y altos cargos, tan aficionados a la *boutade*. Baste recordar el «más deporte y menos latín» de José Solís (p. 130), el «Píndaro está muy bien, pero no los aoristos» del rector y posterior Director General Luis Suárez (p. 137), o la mala enseñanza que del latín había recibido, según decía, Villar Palasí (de lo que parece evidente que intentó tomarse la revancha).

No quisiera finalizar sin poner de relieve otro dato. Dado el medio en el que esta reseña va a aparecer, me parece oportuno llamar la atención acerca de las continuas y acertadas menciones que también hay, a lo largo de la obra, de la historia del antiguo Centro de Estudios Históricos, hoy Centro de Humanidades del CSIC. Porque a él están muy estrechamente ligadas tanto la historia general de los estudios clásicos en España, como la personal de Adrados. Se cita el especial interés que mostrara D. Ramón Menéndez Pidal para que en él se desarrollara, como así fue, el cultivo de los estudios griegos y latinos. También se cita que la constitución de la propia Sociedad Española de Estudios Clásicos tuvo lugar en Medinaceli 6, o las numerosas reuniones que, para hacer frente a las sucesivas maniobras en su contra, se celebraron en la misma sede. De hecho, en ella residió durante muchos años la Secretaría de la Sociedad. Por otra parte, de su historia es testigo privilegiado Adrados, que fue becario aquí, y que aquí ha estado trabajando ininterrumpidamente desde su llegada en 1944 a Madrid, dirigiendo el proyecto del *Diccionario Griego-Español*, así como la revista *EMERITA* y la Colección *Alma Mater*.

Como puede inferirse de cuanto he dicho, éste es un libro singular a la vez que interesante por múltiples razones. Quizá sea el libro en el que más abiertamente se nos muestre la personalidad de su autor. Incluso para quienes ya nos es conocido, no deja de sorprendernos su carácter incansable, inasequible a cualquier pesimismo. También su notable pragmatismo, que no puede confundirse con la adopción de posturas timoratas, que, como él mismo nos recuerda, han sido tan perjudiciales en algunas ocasiones – «una vez más, la prudencia había sido lo más imprudente», nos dice a propósito de un lance en que esto queda de manifiesto (p. 132) –. Supongo que a ese pragmatismo obedece un hecho desconcertante para algunos: su desinterés por cualquier cargo de relevancia que pudiera obstaculizar su labor docente y científica. De todos modos, quizá la única explicación que quepa para éste, como para otros comportamientos o rasgos suyos que pueden resultar sorprendentes, sea la que a veces he oído, al tratar alguien de dar cuenta creíble de su increíble actividad: «Adrados... es Adrados».

JOSÉ ANTONIO BERENGUER SÁNCHEZ